

## LA HOMOSEXUALIDAD Y EL PENSAMIENTO METAFÓRICO

Alfredo Martínez Expósito  
University of Queensland (Australia)

Whatever happens, AIDS will have far-reaching consequences on sex in general, and on homosexuality in particular. The disease will have a significant impact on the choices gay people made ... Just when homosexuals have had some success in throwing off the taint of mental disease, gay people find themselves metaphorically welded to an image of lethal physical deterioration. The syndrome, its peculiar qualities, and its transmissibility are being used to reinforce old fears that sexual activity, homosexuality, and promiscuity led to disease and death (Rubin 1993: 26).

Lo más turbador de este pasaje de 1984 es lo acertado de su profecía, la idea de que los homosexuales, atacados por una plaga de imprevisibles consecuencias, habrían de enfrentarse también a viejas creencias, a miedos antiguos y al poder de la metáfora. Precisamente cuando el sambenito de la descalificación psicopatológica había empezado a perder vigor aparece una nueva trampa metafórica que une de nuevo lo homosexual y lo letal. Naturalmente, lo que subyace es una suerte de manipulación semántica que obedece a una estrategia de mayor alcance de política sexual; el ámbito fisiológico se ve superado una vez más por una actividad ideológica. Rubin, la autora de la cita, titula significativamente su ensayo *Thinking Sex*, y plantea algunos de los presupuestos básicos de cualquier discusión racional sobre los modos de semiotización de la sexualidad. Entre ellos se encuentra el axioma foucaultiano del carácter socio-histórico de la actividad sexual: la sexualidad no es una esencia inmutable, transcultural y ahistórica, sino una actividad humana sujeta a condicionantes sociales y culturales; como tal, es objeto de interpretación y de valoración por parte de un amplio número de discursos sociales. De esta manera, la sexualidad se convierte en un capítulo insoslayable de los discursos religiosos, psicológicos, médicos y legales (Foucault 1976).

Gracias a los numerosos estudios sobre las variaciones históricas de las prácticas sexuales sabemos hoy que la actividad sexual entre varones ha sido categorizada y etiquetada de múltiples maneras en diferentes épocas y culturas. Esa actividad, que hoy conocemos como *homosexualidad*, fue conocida en otros tiempos como *pecado nefando*, como *sodomía*, como *uranismo*, como *amor helénico*, como *inversión*. En otras culturas varían las denominaciones y las categorías sociales a las que se adscribe: el pederasta griego, los bardajes de las tribus norteamericanas que contraen matrimonio en pública ceremonia, los guerreros de Nueva Guinea que se transmiten los valores viriles mediante ritos de inse-

minación oral, etc.<sup>1</sup> El origen de muchos de los vocablos empleados da una idea de las categorías a las que la actividad sexual se adscribe. Muchas de esas denominaciones responden a discursos míticos sobre la sexualidad: la noción de *sodomía* responde a un relato bíblico, el concepto de *uranismo* procede de la oposición mítica Dionisio/Urano, tal como la entendió el polígrafo alemán Karl Heinrich Ulrichs en 1864, el mismo término de *homosexualidad* se acuña con referencia a un modelo simplísticamente bipolar y zoológico de la sexualidad<sup>2</sup>.

La idea de que la homosexualidad es una enfermedad tiene una larga historia en nuestra cultura occidental<sup>3</sup>, que se agudiza cuando, a fines del siglo XVIII, el estamento científico hereda del eclesiástico competencias en materia de regulación de la conducta sexual. Si antaño se buscaban sus causas fisiológicas y psicológicas, hasta bien entrado el siglo XX ha sido considerada en los estados occidentales como enfermedad psicológica curable mediante diversos procedimientos. Fue necesaria mucha investigación médica y psiquiátrica, mucha persistencia política y mucho activismo social para llegar al convencimiento de que la homosexualidad no es una enfermedad física, ni fisiológica, ni mental, ni espiritual. Hoy, prácticamente ningún país occidental clasifica la actividad homosexual *per se* ni como delito ni como enfermedad.

Esto no quiere decir que la sociedad haya modificado sus creencias más fosilizadas con la misma rapidez. La antigua metáfora que equiparaba la homosexualidad a las enfermedades más atroces de cada momento (la lepra, la peste, el cáncer...) sigue siendo válida para amplios sectores (...el sida). Cuando Rubin habla del efecto simbólico del sida sobre la noción contemporánea de homosexualidad lo hace a sabiendas de que llueve sobre mojado, de que la identificación de la homosexualidad como actividad de alto riesgo no es nueva, y de que tal identificación ha sido y es utilizada por algunos grupos sociales como argumento político en contra de las personas homosexuales. La conexión entre pensamiento mítico (metafórico, lateral) y reacción política es, en el caso de la (homo)sexualidad, dolorosamente obvia.

Hablemos, pues del pensamiento metafórico en torno a la homosexualidad. Todo el campo semántico de lo pasional, lo sexual, lo sentimental, configura un lugar privilegiado para la actividad metafórica, tanto en el habla cotidiana como en los discursos artísticos. Nuestras tradiciones culturales son ricas en la representación de la sexualidad en términos de pareja heterosexual, que legitima su naturaleza fisiológica (animal) por medio del concepto de *amor*. La metáfora, ya fosilizada, implícita en la expresión *hacer el amor* prueba el alto nivel de identificación entre la actividad sexual y el sentimiento amoroso. En nuestra época se ha hecho necesaria una labor de desmitificación y desescombros de tópicos y mitos, de metáforas hipertrofiadas que se han fundido durante siglos con el tema amoroso.

1.- Vid. "'Homosexuality': a cultural construct. An exchange with Richard Schneider", en Halperin 1990:41-53. Halperin contesta la idea, sostenida entre otros por Boswell, de que la polaridad homo/hetero refleja un hecho natural porque es una categoría presente en tantas culturas. El argumento más comúnmente esgrimido por quienes consideran que tal categoría está social y culturalmente condicionada es la enorme e innegable variedad de patrones de conducta sexual, cada uno considerado *natural* dentro de la cultura que lo produce. Una respuesta frecuente por parte de los esencialistas es que, por encima de variedades locales, la orientación homo/hetero es universal y la única labor cultural es adjetivarla. Cf. Ruse 1989 y Cardín 1989.

2.- Los diferentes términos que en español se utilizan para referirse a los homosexuales implican también diferentes juegos metafóricos. El mismo término *homosexualidad*, encierra en sí mismo una metáfora. El uso peyorativo del término *marica* (que no es equivalente a *homosexual* porque su carga performativa es muy superior) y su uso como calificativo se imbrican de tal modo que el homosexual calificado de *marica* se entiende como vejado, vilipendiado. Existen otras connotaciones, sin embargo: hay quien entiende el término *homosexual* como excesivamente medicalizado y prefiere el más castizo y cotidiano de *marica*. Algo semejante ocurre con sus variantes: *mariquita*, *maricón*, *mariconazo*, *mariconear*, etc. El término *gai* representa una metáfora novedosa, por reciente, en España. Esta metáfora supone un cambio radical de perspectiva que hasta el momento ha sido escasamente asumido; a ello ayuda poco lo extraño del término, demasiado anglosajón para una idea tradicionalmente nombrada mediante un término castizo (cf. Guasch 1991). De momento, el *gai* parece ser simplemente un homosexual moderno, un joven que se divierte y que es homosexual. La resonancia política que tuvo el término en los años setenta, con la creación del Front d'Alliberament Gai de Catalunya y otros similares, parece haberse extinguido ahora, y sólo queda el término en sí y su contenido más o menos americanizante y moderno, con su connotación positiva. Para análisis léxicos en inglés y francés, véanse respectivamente Bardis 1980 y Clayton 1991.

3.- Vid. Ruse 1989, Greenberg 1988.

El amor como metáfora se confunde con el amor metaforizado o metamorfoseado: lo místico y lo religioso, la guerra y la dialéctica de contrarios, etc. El tema amoroso resulta gigantesco, inasible, inabordable como tal, y se ve necesitado de continua traducción a otros temas.

La actividad sexual entre varones raramente ha gozado de tal facilidad de traducción al ennoblecedor terreno de los sentimientos. La expresión *amor homosexual*<sup>4</sup>, que quizá encierra una metáfora parecida a *hacer el amor*, lejos de estar fosilizada, suena aún a muchos oídos como un oxímoron, como una contradicción; en la homosexualidad hay algo demasiado zoológico (o acaso demasiado depravado) que no concuerda con la elevación espiritual de la idea de amor. De hecho, mientras que el amor es uno de los grandes temas de nuestra literatura, ese *amor homosexual* es uno de los grandes tabús. Su tematización es prohibida y anatematizada durante siglos; es un argumento condenado al silencio. ¿Hay en la tradición occidental metáforas de la pasión homoerótica como existen metáforas de otros tipos de pasiones? ¿Hay siquiera una noción de amor que sostenga la pasión homoerótica? No. Tampoco hay instituciones que lo sancionen. De ahí que a menudo se haya querido hablar de hermetismo: la expresión homosexual hallaría su modo de expresión a través de codificaciones sólo accesibles a los iniciados.

La expresión hermética se opone a la expresión metafórica: la metáfora no oculta sino que revela, ilumina y explica lo que de otra manera permanecería velado, oscuro e incógnito. El hermetismo, la tendencia al enmascaramiento de la expresión, al mensaje cifrado, es uno de los rasgos que caracterizan la expresión de la homosexualidad en nuestra cultura; por su parte, la metáfora, la búsqueda de nuevos horizontes expresivos, es patrimonio de la expresión amorosa (heterosexual). Así, el ceremonial del amor cortés y la retórica divinizante son modelos fundamentalmente heterosexuales, que se basan en el distinto nivel jerárquico de los amantes: el conquistador y la conquistada, el adorador y la adorada. Esa jerarquización se construye sobre un protocolo patriarcal según el cual el *rol* (la posición jerárquica) viene determinado por el sexo biológico: el hombre no debe ser conquistado ni adorado, no debe ser receptor sino agente de la pasión. Estas configuraciones sólo son aplicables al deseo homosexual en la medida en que éste se hace más extraño a sí mismo, es decir, cuando los amantes se diferencian jerárquicamente en virtud de su clase social, edad, virulencia del deseo, o cuando se disfraza la relación sentimental como relación comercial.

La metáfora, tan abundantemente utilizada en el lenguaje amoroso y en la representación del deseo, es un tropo, un medio retórico, un instrumento expresivo. Quizá San Juan de la Cruz no encuentra otra manera de explicar el placer que le proporciona su contacto con la divinidad (placer vedado a su público), más que a través de una retórica sexualizante (placer ampliamente compartido). La metáfora hace comprensible (legible) lo desconocido.

Pero la metáfora es, ante todo, un modo de conocimiento. La dialéctica del cortejo exige que la dama se resista a las demandas del caballero, y en esto se asimila metafóricamente a la dialéctica de la conquista militar de una plaza sitiada. De ahí que ambos discursos se iluminen mutuamente y encontremos un placer intelectual en imaginar a Granada como una dama que finalmente se entrega al amante rey cristiano; o a Ana Ozores como una fortificación que finalmente sucumbe a los envites del ardoroso sitiador. Es esta utilización cognoscitiva, virtualmente pedagógica<sup>5</sup>, la que parece servir mejor a los autores de tema homosexual; si la mera idea de *homosexualidad* o el vocablo con que se expresa resultan repugnantes al lector, no tiene ningún sentido ofrecerlos en bruto, sin ropaje retórico. Ocurre así que, mientras la expresión del deseo heterosexual se cuaja fácilmente de imágenes y símbolos, el lenguaje homosexual carece de cualquier tradición metafórica; y sin embargo la homosexualidad como categoría social y sexual precisa de innumerables explicaciones y equiparaciones conceptuales, en un grado que nadie exigiría al hablar de la sexualidad entre individuos de sexo diferente.

4.- Moix 1992 y Sahuquillo 1991 la utilizan con voluntariosa disposición.

5.- En otro lugar he argumentado sobre la fundamental impronta pedagógica de la literatura homosexual en la España de nuestros días (Martínez Expósito, en prensa).

## LA HOMOSEXUALIDAD Y EL PENSAMIENTO METAFÓRICO

La categoría homosexual representa un caso fascinante de inadecuación semiótica. Los fenómenos sociológicos y psicológicos asociados a la sexualidad entre varones (*res*) no se corresponden en ningún idioma europeo con un vocablo (*verbum*) estable, unívoco y consensuado. Así, dado que nuestra aprehensión de la realidad fenoménica depende de su segmentación en el seno del lenguaje, una categoría como /sexualidad-entre-varones/ se encuentra sin medios eficaces de identificación socio-semiótica. Se trata por consiguiente de un problema de *visibilidad*: el fenómeno es englobado por una categoría que carece de expresión lingüística unívoca, y por eso su percepción es dificultosa. Es aquí donde, a modo de solución provisional a nivel discursivo se produce la búsqueda de una expresión metafórica, mediante la cual una categoría (la sexualidad-entre-varones) se expresa en términos de otra categoría: por ejemplo, el pecado, o el delito, o la enfermedad. La homosexualidad es legible, interpretable, porque se sitúa como diferencia respecto al discurso establecido, y esa diferencia exige ser medida, analizada, tenida en cuenta; la heterosexualidad es la no-diferencia, y de ahí que no se pueda hablar, en rigor, de una identidad heterosexual<sup>6</sup>.

En la raíz de este proceso de metaforización se encuentra un rasgo distintivo del discurso tradicional sobre la sexualidad: su desconocimiento fundamental del deseo y la actividad homosexual. Precisamente por tratarse a lo largo de la historia de un tema tabú, prohibido, cuya misma mención llegó a ser prohibida en ocasiones, llegó a convertirse en un fenómeno mítico, casi legendario, en el que la fantasía, la iconografía proporcionada por la Biblia y los relatos griegos y árabes, y la homofobia católica vierten todas sus mixtificaciones. La única manera de aprehender el hecho homosexual que conocemos en la historia de nuestro país es la proporcionada por la religión: el sodomita es un hereje, su pecado es nefando, su expiación pasa por el fuego. Hay, sin embargo, otros cauces intelectivos que ofrecen alternativas interesantes a la metáfora del pecado. Así, podríamos sugerir la existencia de, al menos, cinco modelos de interpretación de la homosexualidad que se basan en un alineamiento metafórico de valores: como concepto vicario de la heterosexualidad (bipolaridad, marginalidad), como inversión/perversión, como delito, como pecado y como enfermedad. Por el momento me centraré únicamente en los dos primeros.

1. Los discursos tradicionales sobre la sexualidad son profundamente dicotómicos. Todas las segmentaciones propuestas resultan estar basadas en polaridades que sugieren la exclusión de uno de los términos: masculino / femenino, hombre / mujer, ocultar / mostrar, heterosexual / homosexual, etc. Dentro de este modelo, la homosexualidad, que es la categoría que empleamos para verbalizar las relaciones de personas del mismo sexo, sólo se puede pensar como oposición a la heterosexualidad. Sin embargo, es obvio que esta dicotomía no funciona como las demás desde el momento en que uno de los términos se marca como radicalmente ajeno al discurso racional, sancionado por las leyes y las costumbres; lo homosexual es una otredad situada fuera de lo inteligible, de lo pensable, incluso de lo imaginable.

La existencia de esta bipolaridad es lo que permite a Sedgwick deconstruir nuestra cultura en términos opositivos<sup>7</sup>. Pero también es, como sugiere Helen Haste, una metáfora cultural que nos permite aprehender los fenómenos relacionados con el deseo sexual sobre una estructura dual<sup>8</sup>. Construir un

6.- El funcionamiento metafórico de la noción de homosexualidad no parece reproducirse en el de heterosexualidad: no hay necesidad de interpretar al sujeto heterosexual porque se define precisamente como no-homosexual, o sea, como término no marcado. Sin embargo, la consolidación intelectual y académica de la categoría homosexual ha producido en los últimos años, como reacción, que su complementaria de heterosexualidad se abra también a la interpretación (Richardson 1996). Nótese que la explicitación de la identidad heterosexual sólo ha sido propiciada con posterioridad a la articulación de la homosexualidad. La heterosexualidad, como idea no existe antes del XIX (y como identidad no empieza a plantearse hasta bien entrado el XX); de igual manera, la heterosexualidad de un individuo famoso sólo se explicita cuando se utiliza cerca de él la noción de homosexualidad.

7.- "[M]any of the major nodes of thought and knowledge in twentieth-century Western culture as a whole are structured — indeed, fractured— by a chronic, now endemic crisis of homo/heterosexual definition, indicatively, male, dating from the end of nineteenth century" (Sedgwick 1990:1).

8.- "[T]he metaphor which sustains our present conceptions of gender is *dualism* ... The metaphor of dualism pervades a very great deal of our thinking, and profoundly influences the way we think about the nature of rationality and the pursuit of knowledge" (Haste 1993:287).

discurso bipolarizado sobre el deseo implica priorizar un modo de entendimiento sobre otros, y esto es precisamente lo que las metáforas propician.

La homosexualidad como lo marginal, el homosexual como sujeto alejado del centro, es una metáfora recurrente. El homosexual, dice Foucault (1976), nace en nuestra cultura como sujeto con una anatomía propia, distinta, identificable; la sodomía era un tipo de actos, el homosexual es un sujeto dotado de identidad propia<sup>9</sup>. Esta es sin duda otra metáfora crucial, que equipara homosexualidad e identidad. La construcción cultural del concepto de *homosexualidad* opera claramente con una imbricación de estas dos metáforas, la de la identidad y la de la marginalidad.

2. El término *invertido* para designar al homosexual, y su correlato *inversión* para la homosexualidad, son expresiones de uso frecuente en nuestro país. En esta concepción subyacen al menos dos metáforas: la que equipara el deseo y la práctica sexual entre individuos del mismo sexo con la otredad radical y transgresora que el término *homosexualidad* denota, y la que equipara este constructo mental con una inversión de un modelo previo e incontestado, que es el deseo y la práctica sexual entre individuos de sexo opuesto<sup>10</sup>.

La imagen invertida del cuerpo es un recurso visual ampliamente usado en el cine de temática homosexual; en el caso español, piénsese en la cinematografía de Almodóvar, cuya poética se basa de manera recurrente en la imagen especular, o en el caso de Jaime Chávarri (*A un dios desconocido*, de 1977, *Las cosas del querer*, de 1989). La idea de que el homosexual es un invertido encaja perfectamente con la imagen del cuerpo invertido<sup>11</sup>. La inversión, naturalmente, implica una transgresión de un modelo de conducta que es el heterosexual. Pero implica también una negación radical, completa, una oposición global a ese modelo. El invertido no es un ser simplemente marginal o desplazado, o parcialmente excluido de la normalidad: es un negativo de la norma, un sujeto situado en las antípodas de la sociedad. La idea de la inversión va mucho más allá de considerar al homosexual un ser raro o extravagante: hace de él el raro por antonomasia, el opuesto, el Otro radical. Pero el juego de espejos como metáfora de la inversión se enriquece cuando presenta las dos dimensiones del cuerpo: la imagen real y su inversión. ¿En cuál de ellas se localiza la identidad del sujeto homosexual? La imagen real que vemos es el cuerpo del invertido, pero entonces la imagen especular resulta ser la inversión del invertido. El hombre que se mira en el espejo ve su propia imagen, que él sabe real; el espectador, desde su butaca, descubre que la identidad sexual del personaje se fragmenta en varias imágenes de realidad escurridiza. El sujeto fragmentado en los múltiples espejos de la realidad transmite entonces la idea, básica en la sexología contemporánea, de que la identidad sexual, lejos de ser un dato estable, es mutable, variable, y por ende difícilmente observable<sup>12</sup>.

Las metáforas clásicas que nuestra sociedad ha utilizado y utiliza para intentar categorizar las relaciones sexuales entre varones reflejan claramente los discursos de poder de los que proceden: el sodomita es un pecador, el invertido es un delincuente, el homosexual es un enfermo. Las tres se basan en la idea de la desviación maligna respecto a lo que se establece como bueno, deseable o justo. Las tres contribuyen a la demonización cultural del fenómeno de tal manera que su percepción social se ve condicionada por una fuerte estigmatización.

9.- La *antropología criminal* se preocupó con insistencia de describir la etiología de ciertos delitos, entre ellos las prácticas homosexuales. Las teorías de Cesare Lombroso (1876), que tuvieron importantes repercusiones en el derecho penal, buscan el origen de la *degeneración moral* del individuo en determinadas *anomalías físicas*. Una versión más refinada trata de localizar la *etiología del delito* en las condiciones vitales del individuo: clima, hábitat, raza, educación, etc. Vid. también Chamorro 1970.

10.- Ver la discusión de Judith Butler, "Sexual Inversions", en Donna C. Stanton (1992). También como "Las inversiones sexuales", en Ricardo Llamas (1995).

11.- Sobre la presencia del espejo en los textos homosexuales, y sobre la noción de *homotexto* vid. Stockinger 1978:140ss.

12.- De manera similar, entender la homosexualidad como perversión implica otra metáfora, que equipara la pulsión homoerótica con ciertas categorías morales. Calificar al homosexual de perverso es circunscribir la sexualidad a la moral, y limitarla a ese código que sólo permite ciertas lecturas.

El temor al estigma social es la principal causa de que muchos individuos se apresuren a autodefinirse como heterosexuales ante la simple mención del tema<sup>13</sup>. Dentro del complejo fenómeno del pánico homosexual<sup>14</sup> operan muchas fuerzas, y no hay que olvidar el temor a la propia homosexualidad, el temor a la propia sexualidad (que lleva a los ignorantes a repudiar tanto el término *homosexualidad* como el de *heterosexualidad*, porque suenan sucios), la necesidad de clarificar satisfactoriamente una sexualidad ambigua o bisexual, pero sobre todo el miedo al estigma.

Los homosexuales están estigmatizados en cuanto que el conocimiento público de su sexualidad les marca indeleblemente. No es una marca física, aunque muchos querrían verla por algún lado, y de ahí los intentos de buscar diferencias anatómicas, cerebrales o genéticas<sup>15</sup>. El mito del amaneramiento consiste en atribuir al homosexual una marca externa que permita reconocer su identidad; la reacción más común ante un *outing* es buscar en la apariencia del homosexual rasgos o señales que confirmen su revelación; típico comentario de "quién lo iba a decir, no lo parece", etc. Esta metáfora opera en doble sentido: todo homosexual ha de ser amanerado, todo amanerado ha de ser homosexual. La pluma es la marca externa de la versión española del homosexual, el marica, y es también su estigma. La metáfora es muy reconfortante porque hace visible lo que pretende pasar por secreto, hace inteligible un mundo agazapado que, por su secretismo, resulta peligroso. De ahí que la operación desmitificadora del cine actual, que presenta heterosexuales amanerados y homosexuales viriles, incomode a quienes confiaban en el poder clarificador de la metáfora<sup>16</sup>.

La representación del homosexual se ha servido con gran frecuencia de la metáfora médica y de una peculiar versión de la enfermedad: el estigma. La estigmatización se remonta a la marca impresa en el cuerpo de Caín, y esto abre un abanico de posibilidades interpretativas realmente fascinante. Caín, condenado a una inmortalidad sufriente, lleva consigo la marca infamante del castigo divino; los de su estirpe llevan la misma marca, que los define frente al resto de los mortales (Gen. 4). La figura de Caín no está mitológicamente relacionada con el amor, sino más bien todo lo contrario. Sin embargo, algunas interpretaciones del mito apuntan a una motivación homoerótica e incestuosa como origen del asesinato de Abel<sup>17</sup>; existen incluso recreaciones poéticas del pasaje *genesíaco en clave amorosa*<sup>18</sup>. Sin duda, la historia del triángulo formado por Yahvé, Caín y Abel se presta a una hermenéutica homoerótica, partiendo de que el personaje divino está caracterizado en términos masculinos y netamente pasionales. En general, el dios del Pentateuco es una figura claramente humanizada y masculina; sus

13.- La exigencia de clarificar la propia orientación sexual llega en ciertos momentos a convertirse en ejercicio inquisitorial. Eloy de la Iglesia, director de varias películas de contenido homosexual en los años de la transición, tuvo que soportar las feroces críticas de quienes sólo podrían explicar su obra y su insólito interés por la homosexualidad a través de su orientación sexual (cf. Smith 1992:130).

14.- La homofobia o pánico homosexual nace de una fuerte estigmatización social cuyos rasgos paranoicos han sido señalados por Weinberg 1972.

15.- Y también la famosa simplificación (mixtificación) de homosexualidad y amaneramiento.

16.- Cf. Pombo 1992.

17.- Leach (1962) propone una lectura antropológico-estructural de los cuatro primeros capítulos del Génesis, donde se cuentan 3 historias: la creación, el Edén, y Caín-Abel. Parte de los principios de redundancia (en todos los corpus mitológicos, toda historia importante aparece repetida en diversos lugares) y binarismo (toda historia está construida sobre oposiciones binarias). Localiza en ellas la misma estructura, basada en las oposiciones Vida-Muerte y Dios-Hombre; el incesto es la única manera de evitar la muerte, de conseguir la procreación, ya que Adán y Eva son hermanos. El tema sexual es el pivote de unión entre las dos dicotomías, y se repite en las tres historias: "Cain the Gardener and Abel the Herdsman repeat the antithesis between the first three days in the first story. Abel's living world is more pleasing to God (IV, 4-5). Cain's fratricide compares with Adam's incest and so God's questioning and cursing of Cain (IV, 9-12) has the same form and sequence as God's questioning and cursing of Adam, Eve and the Serpent (III, 9-19). The latter part of III, 16 is later repeated exactly (IV, 7) so Cain's sin was not only fratricide but also incestuous homosexuality. In order that immortal monosexual existence in Paradise may be exchanged for fertile heterosexual existence in reality, Cain, like Adam, must acquire a wife (IV, 17). To this end Adam must eliminate a sister; Cain a brother. The symmetry is complete" (8).

18.- Matthews (1967) localiza realizaciones homosexuales: "It is in tune with the preoccupations of the third quarter of the twentieth century that the story of the brother-murder should be related to homosexual love" (p. 196). En este sentido comenta tres obras: Julian Greene, *South*, 1954; Harold Pinter, *The Collection*, 1962; Edward Albee, *Zoo Story*, 1962. Recuérdese también la novela *Balada de Caín*, de Manuel Vicent (vid. Martínez Expósito 1994).

pasiones son las propias de un patriarca judío. De ahí que la lectura del amor divino por Abel en términos homoeróticos se erija en clave de lectura de una historia que, tanto en su planteamiento como en sus conclusiones morales, es un ejemplo prístino de homosocialización.

La imagería homoerótica ha conservado dos rasgos de la figura de Caín: su eterno deambular en un mundo de maldad, y su estigma corporal. El cine español, que ha aprovechado la figura de Caín en sus recreaciones de la Guerra Civil<sup>19</sup> y, en general, de la historia de España, se sirve también de la idea del estigma para la creación de personajes homosexuales. Muchos de ellos, de hecho, aparecen también condenados a la vida nómada, al viaje, al desplazamiento indeseado. Sólo un par de ejemplos: el protagonista homosexual de *Las cosas del querer* (1989) es un cantante que vive de sus giras por España, hasta que es expulsado del país por su pasado republicano y su escandalosa conducta moral; toda la película está narrada en *flash-back* desde el tren que se aleja de Madrid. El motivo del tren es ampliamente explorado en *A un dios desconocido* (1977), cuyo personaje central lo usa literal (en sus viajes de Madrid a Granada) y simbólicamente (en el tren eléctrico ligeramente fetichizado que tiene en casa).

La huella de Caín está en perfecta consonancia con la ideología dominante en la España de la transición: el homosexual es intrínsecamente malo. Todas sus desgracias las tiene bien merecidas, y además son necesarias para la buena marcha de las cosas. Un homosexual sin castigo es una afrenta al orden social y moral. El castigo no tiene necesariamente que tener un origen humano (no todos los homosexuales pueden ser objeto de palizas, persecuciones, ejecuciones, encarcelamientos y discriminaciones), sino que puede consistir en una vida triste y desgraciada, en un sufrimiento interior, o, más llanamente, en una enfermedad.

Entender la homosexualidad como identidad estigmatizada lleva a algo que no me atreveré a calificar de metáfora: la sexualidad como esencia permanente e inmutable. El homosexual lo es para siempre; y el heterosexual también. La creación de estas dos categorías y la reducción del espectro de la sexualidad a esos dos puntos, crea también una frontera entre ambos, que viene a ser una frontera cultural, intraspasable porque separa el centro de lo marginal. El estigma asegura la imposibilidad del cambio: el homosexual estigmatizado no puede socialmente heterosexualizarse (pero el heterosexual puede homosexualizarse en cualquier momento, mediante un *outing* sorpresivo o mediante un contagio homosexual)<sup>20</sup>.

Podemos notar que, en general, el tema de la homosexualidad aparece muy frecuentemente ligado a otros motivos, como la enfermedad o la reivindicación política. Estas yuxtaposiciones temáticas parecen sugerir con insistencia la idea de una relación de proximidad (metonimia) o de similitud (metáfora). Lo realmente llamativo, más allá de sus rasgos novedosos, es la inserción de estas dos líneas metafóricas en una tradición que las hace inteligibles. La homosexualidad, de hecho, nace en el mundo contemporáneo como una enfermedad susceptible de curación, en el preciso momento en que se dan los primeros pasos hacia una reivindicación política de los derechos de los uranianos<sup>21</sup>.

19.- Deveny 1993.

20.- Esto del contagio es muy curioso: un heterosexual puede quedar estigmatizado por aproximarse a lo homosexual con demasiado interés: recae entonces sobre él la sospecha. También la sospecha nace (y con ella la espada de Damocles del estigma) si el heterosexual se aparta ostentosamente de la biografía heterosexual (soltería prolongada, amistades exclusivamente masculinas, etc.) Pero es que además el mito popular, firmemente enraizado, de que la homosexualidad se puede contagiar, creo que responde a la otra poderosa metáfora de la homosexualidad como enfermedad. Es muy curioso notar que el contagio opera, según esta creencia, en un solo sentido, porque así se hace coherente con la idea de que el único cambio posible es de la heterosexualidad a la homosexualidad, que es un camino sin retorno.

21.- Existen algunas buenas introducciones: David Thorstad, *The Early Homosexual Rights Movement, 1864-1935* (1974), y Hubert Kennedy, *Ulrichs: The Life and Works of Karl Heinrich Ulrichs, Pioneer of the Modern Gay Movement* (1988).

## LA HOMOSEXUALIDAD Y EL PENSAMIENTO METAFÓRICO

### Referencias

- BARDIS, P. A. (1980) "A Glossary of Homosexuality." *Maledicta* IV(1): 59-63.
- BOSWELL, J. (1980) *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality. Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century*, University of Chicago Press.
- CARDÍN, A. (1989) *Guerreros, chamanes y travestís: indicios de homosexualidad entre los exóticos*. Barcelona, Tusquets.
- CHAMORRO GUNDÍN, F. (1970) *Resultados obtenidos con técnicas proyectivas en una muestra de 200 delincuentes homosexuales españoles*. Madrid, Dirección General de Instituciones Penitenciarias (Departamento de Homosexuales de la Central de Observación).
- CLAYTON, S. (1991) "A Word Defined Speaks a Mind: Social Images of Male Homosexuality in Dictionaries." *Franco-British Studies* 12(autumn): 55-75.
- DEVENY, T. G. (1993) *Cain on Screen: Contemporary Spanish Cinema*. Metuchen, Scarecrow.
- FOUCAULT, M. (1976) *Histoire de la sexualité: La volonté de savoir*. Paris, Gallimard.
- GREENBERG, D. F. (1988) *The Construction of Homosexuality*. Chicago & London, The University of Chicago Press.
- GUASCH, O. (1991) *La sociedad rosa*. Barcelona, Anagrama.
- HALPERIN, D. (1990) *One Hundred Years of Homosexuality*. New York, London, Routledge.
- HASTE, H. (1993) *The sexual metaphor*, Harvard University Press.
- LEACH, Edmund R. (1962) "Genesis as Myth". *Discovery*. Reeditado en John Middleton (ed.), *Myth and Cosmos. Readings in Mythology and Symbolism*, New York, The Natural History Press, Garden City, 1967, 1-13.
- LOMBROSO, C. (1876) *L'uomo delinquente in rapporto all'antropologia, alla giurisprudenza ed alle discipline economiche*, Milano.
- LLAMAS, R., ed., (1995) *Construyendo sidentidades. Estudio desde el corazón de la pandemia*. R. Llamas. Madrid, Siglo XXI.
- MARTÍNEZ Expósito, A. (1994) "La integración post-moderna: malditismo y homosexualidad". *Semiótica y Modernidad*. J. M. Paz Gago. La Coruña, Universidade da Coruña. 1: 211-220.
- MARTÍNEZ EXPÓSITO, A. (en prensa) "El homosexual en la literatura española reciente: observaciones sobre el personaje literario." *Journal of Iberian and Latin American Studies (Melbourne)*.
- MATTHEWS, Honor, (1967) *The Primal Curse. The Myth of Cain and Abel in the Theatre*, New York, Schocken Books.
- MOIX, T. (1992) "Del amor homosexual". *El País*, 26 de julio.
- POMBO, A. (1992) "El estereotipo." *ABC Cultural*, 31 de julio.
- RICHARDSON, D., ed., (1996) *Theorising Heterosexuality: Telling It Straight*, Buckingham, Open University Press.
- RUBIN, G. (1993) "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality". *The Lesbian and Gay Studies Reader*. Ablove, Barale y Halperin. London, Routledge: 3-44. Editado anteriormente en Carole S. Vance, ed., *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, 1984.
- RUSE, M. (1989) *La homosexualidad*. Madrid, Cátedra.
- SAHUQUILLO, A. (1991) *Federico García Lorca y la cultura de la homosexualidad masculina: Lorca, Dalí, Cernuda, Gil-Albert, Prados y la voz silenciada del amor homosexual*. Alicante, Diputación.
- SEDGWICK, E. K. (1990) *Epistemology of the Closet*, University of California Press.
- SMITH, P. J. (1992) *Laws of Desire: Questions of Homosexuality in Spanish Writing and Film, 1960-1990*. Oxford, Clarendon Press.
- STANTON, Donna C., (1992) *Discourses of Sexuality: From Aristotle to AIDS*, The University of Michigan Press, Ann Arbor.
- STOCKINGER, J. (1978) *Homotextuality: A Proposal. The Gay Academic*. L. Crew. Palm Springs, Etc Publications.
- WEINBERG, G. (1972) *Society and the Healthy Homosexual*. New York, St. Martin's Press.